

## ¿CONECTADOS O DESCONECTADOS?

### Los lazos amorosos y familiares en el mundo digital

Es para mí un gran honor que la Fundación OSDE, por mediación de mi amiga y colega Silvia Ons haya tenido la deferencia de invitarme a este ciclo, cuyo prestigio se deduce con solo ver la lista de los nombres que me han precedido, y entre lo cuales jamás habría imaginado encontrarme. Agradezco en especial al señor Omar Bagnoli y a sus colaboradores, cuya cortesía y hospitalidad me han acompañado desde nuestros primeros intercambios de e-mails.

En el mundo contemporáneo, la técnica ha ido conquistando un lugar, un dominio y un alcance sin precedentes. A pesar de que el ser humano se ha caracterizado desde sus orígenes prehistóricos por su relación con el objeto técnico, es indudable que en la actualidad esa relación ha cobrado un impulso que se aproxima a una transformación cualitativa inédita: la posibilidad de una integración plena entre el objeto técnico y el organismo humano. La bioingeniería médica, que ha creado asombrosas prótesis, marcapasos, estimuladores intracraneales y otros tantos

dispositivos cuya implantación ha permitido mejorar, e incluso resolver, graves trastornos, se encamina hacia un nuevo desafío: la producción de seres en los que los límites entre la estructura orgánica y la mecánica sean prácticamente inexistentes. No habremos de juzgar lo que este cercano porvenir podrá depararnos. La historia nos ha demostrado que, por regla general, la opinión pública, es decir, el nivel medio de la mentalidad de cualquier sociedad, está siempre por detrás respecto de la evolución técnica. Dicho de otro modo: la técnica se mueve a una velocidad a todas luces mayor que nuestra capacidad para adaptarnos a ella, para asumir sus cambios y sus consecuencias. Ese desfase en la comprensión subjetiva del desarrollo técnico, que es la forma actual en la que se pone de manifiesto la alienación de los seres humanos, esa distancia entre lo que la ciencia aplicada produce y nuestra posibilidad de reflexionar sobre ello, va en progresivo aumento. Aquí debemos enfatizar el hecho de que no me refiero a una complejidad en el manejo de la técnica. Por el contrario, su omnipresencia en nuestras vidas se debe, entre otras razones, al hecho de que su empleo es cada vez más sencillo. Cuando observamos la asombrosa habilidad y soltura con la que los niños de muy corta edad, incluso antes de hablar, son capaces de manipular los dispositivos que encuentran en sus hogares, nos damos cuenta de que el problema que la técnica nos plantea no radica en su dificultad para utilizarla, sino todo

lo contrario. Es la extraordinaria facilidad con la que acompaña gran parte de nuestras acciones cotidianas en donde reside la cuestión decisiva: en el hecho de que esa sencillez y la satisfacción asociada a su disfrute es directamente proporcional a la escasa posibilidad de formularnos una pregunta sobre lo que ello supone para nuestra vida individual y social.

Quiero dejar bien claro que no soy un detractor de las nuevas tecnologías. Considero que oponerse a ellas en nombre de una supuesta deshumanización de la existencia es un error de concepto, así como una distorsión moral. La técnica no posee una propiedad demoníaca intrínseca, y los valores humanos no están definidos en el cielo de la abstracción metafísica. Como psicoanalista, mi papel consiste en sumarme a otros enfoques, filosóficos, sociológicos, económicos, políticos, con el fin de comprender cuáles son las consecuencias sintomáticas que -sin obviar los indiscutibles beneficios- nos supone esta discordancia entre la inmediata asunción de los objetos técnicos y el entendimiento de la función que cumplen en nuestra vida. Dicha incompreensión está a punto de alcanzar su grado crítico, debido a un cambio que la gran mayoría de las personas ignora, ya que esta revolución se ha producido subrepticia e insidiosamente: me refiero al hecho de que nuestra existencia está siendo transferida por entero al mundo digital. Lo que intento decir es que hasta ahora

creíamos -y estábamos en lo cierto- que existía una frontera precisa, bien delimitada, entre lo que se denomina mundo on-line, es decir, el mundo que se configura en la interconectividad telemática entre personas y cosas, y el denominado mundo off-line, o mundo que el sentido común asimila al mundo real. Pensábamos -y todavía seguimos pensando- que cruzar de un mundo a otro depende de nosotros, que conservamos la capacidad de elegir, de decidir, en cuál de los dos mundos deseamos estar en cada momento y según las circunstancias. La primera sorpresa es descubrir que se incrementa el número de personas que se sienten mejor y más cómodos en el mundo virtual, un mundo que les ofrece la oportunidad de asumir formas de vida imaginarias, identidades simuladas, fabricadas con la materia de los deseos, que interactúan con otras formas de vida semejantes sin entrañar demasiados riesgos. Para mucha gente afectada en su capacidad para sostener un lazo social de cualquier índole -amistoso, amoroso, de pertenencia a un grupo, etc.- internet ha creado para ellos un espacio donde alojarse, un territorio donde encontrar a otros que sienten como sus semejantes, constituyendo así una suerte de confraternidad en la que los síntomas y otras desventuras hallan consuelo, compasión, empatía e incluso la legitimidad que a menudo se les niega en el mundo real. De la misma manera que una sustancia adictiva o una creencia religiosa pueden ser para muchos una forma de soportar la inclemencia

de la vida -que de lo contrario resultaría inmanejable- internet constituye para otros la oferta de una segunda vida, que incluso a veces se convierte en la única donde pueden habitar. De allí que cuando muchos padres me transfieren su inquietud acerca del tiempo que sus hijos pasan conectados a los distintas clases de juegos y redes sociales, y solicitan orientación e instrucciones sobre cómo poner límites a ello, mi primera respuesta es conducirlos hacia una pregunta fundamental: ¿que sucedería si internet fuese acaso para algunos de estos niños y adolescentes algo así como una especie de insulina para la diabetes del alma? ¿Cómo podemos condenar como una falta en el comportamiento, el signo de una disposición viciosa, o una manifestación de negligente holgazanería el hecho de que un adolescente no pueda separarse de su smartphone o su consola de videojuego, y experimente como una auténtica mutilación la posibilidad de verse separado de sus objetos? En la creciente inmersión de los seres humanos en el universo técnico, se impone la labor preliminar de establecer diferencias, de percibir cuál es la relación singular que cada uno establece con su objeto. Talismán, fetiche, remedio que calma la angustia, refugio, conectividad, sociabilidad artificial, vínculos de bajo riesgo, los dispositivos pueden ofrecer todo eso y mucho más. En internet, son numerosas las personas que encuentran la oportunidad de vivir una ficción, pero experimentarla de manera real.

*Second life* es un programa informático donde el usuario se inscribe con el nombre, el género, y la historia que desee. Una vez escogido el personaje, que se denomina "avatar", ingresa como tal a un inmensa cantidad de grupos, todos ellos constituidos por otros avatares. Nadie conoce la verdadera identidad de los demás.

*Second life*, aunque funciona con la estructura audiovisual de un videojuego, no es exactamente un juego, porque no existe el propósito de conseguir un objetivo predeterminado. Uno puede inventarse allí una vida completa, y es por eso que en la jerga cibernética este programa recibe el nombre de "metaverse", condensación de "meta" (más allá) y "universe" (universo), o sea, un universo paralelo que se asienta en las estructura logarítmica del mundo virtual. En *Second Life* se puede formar una pareja, una familia, tener hijos, grupos de amigos, otros padres, un trabajo apasionante, adoptar un sexo distinto, el aspecto físico que se desee, todo ello en la realidad del escenario virtual. No hay límite a la fantasía. Algunas personas se entretienen con este metaverso durante unas pocas horas a la semana, del mismo modo que podrían hacerlo mirando una serie de televisión o un partido de fútbol. En cambio para muchas otras, *Second life* se convierte en algo tan decisivo en sus vidas, que la proporción acaba por invertirse. La vida imaginada alcanza una intensidad tal, su credibilidad es asumida con una convicción tan absoluta, que se convierte para el

sujeto en su auténtica vida. La otra, la vida cotidiana, a menudo carente de grandes estímulos, vacía de todo deseo, o simplemente aburrida, es aquella donde no hay más remedio que transitar porque es inevitable. Pero esas personas no ansían otra cosa que ver llegar la hora en la que pueden encender el ordenador y entrar en lo que consideran su auténtica vida, su vida verdadera, la vida en la que encuentran satisfacción y sentido, al punto de que su autenticidad queda fuera de cualquier cuestionamiento.

Es evidente que toda esta sofisticación digital puede funcionar hasta extremos semejantes porque se vale de la sobreexplotación de una facultad de la condición humana que posee un estatuto universal, aunque en cada uno se lleve a cabo de una forma singular. Me refiero al hecho de que el sujeto humano es el único ser viviente que habita un medio que no es en absoluto natural. Su espacio, su mundo circundante, su realidad propia, particular e irrepetible, es la ficción. Todos nosotros sentimos, pensamos y actuamos en el marco de una ficción que tomamos por real, un escenario donde desempeñamos un papel en una obra que desconocemos, porque es inconsciente. Que la ignoremos no impide que nuestro papel esté totalmente condicionado por ella, y si acaso la experiencia vital nos confronta con una circunstancia contingente, no prevista en el argumento, responderemos de modo

inevitable conforme a los estrechos márgenes a los que nuestro papel nos ha destinado. Las extraordinarias recursos de simulación de estos programas introducen algo nuevo: la posibilidad de que un sujeto, de manera activa, participe en la construcción de su narrativa. Ello no significa que su libertad sea absoluta, porque su imaginación creadora estará sometida a los condicionamientos de su deseo inconsciente. Dicho de otro modo: inevitablemente escribirá un argumento "contaminado" por su propia ficción originaria, aquella en la que se encuentra inserto en función de su historia personal, las experiencias vividas, y los residuos de significaciones que todo eso ha dejado en su inconsciente.

Las redes sociales se han convertido en el vehículo principal de socialización y búsqueda en el plano amoroso y sexual. Tras un período inicial en el que las páginas de citas estaban más bien frecuentadas por personas que padecían dificultades en su vida social, hoy en día las aplicaciones de contactos se han multiplicado, se dirigen a todo el espectro de edades, y abarcan una amplia variedad de usuarios, al punto de ser el método por excelencia para buscar pareja. No existen estudios fiables sobre los resultados. A ciencia cierta, desconocemos qué porcentaje de contactos y citas devienen relaciones reales y continuadas. Eso no significa nada, desde luego, porque tampoco tenemos datos sobre las relaciones generadas a partir de los métodos



tradicionales. Lo que sí vale la pena señalar es que la tecnología aplicada a la vida amorosa y sexual introduce -entre otras cosas- una variante cuyos efectos son visibles. Me refiero al hecho de que la posibilidad de someter la búsqueda del partenaire a un procedimiento de filtrado más o menos semejante al de cualquier producto de venta on-line (color, tamaño, año de fabricación, peso, precio, etc.) permite alimentar la fantasía de "fabricar" a alguien a la medida de nuestros sueños, de encontrar el complemento ideal, un ser que no habrá de decepcionarnos. Aunque no hay nada confiable en el plano estadístico, el psicoanálisis ha descubierto algo cuyas consecuencias son decisivas, por cuanto revelan y explican una parte fundamental de las peculiaridades humanas en materia de amor y sexo. Con independencia del curso que siga un encuentro amoroso y sexual, la cita es siempre fallida. Lo es incluso en los casos más felices, aquellos en los que parece haberse conquistado una duradera armonía. La cita es siempre fallida porque entre el sujeto y el objeto de su elección existe una fractura inevitable, una inadecuación insalvable. Ningún objeto es capaz de restaurar por completo el mito del paraíso perdido, de la satisfacción originaria de la que hemos sido desalojados para siempre, por la sencilla razón de que en verdad nunca ha existido. Aunque dicha satisfacción sea un sueño tan antiguo como la humanidad misma, eso no impide que en cada sujeto se repita el secreto anhelo de

volver a encontrarla. En ese sentido, internet es el espacio donde se promete la realización de los deseos, la versión ultramoderna de las creencias mágicas, el pozo donde arrojar la moneda de la suerte, la lámpara de la que brotará el genio que se ponga a los pies de nuestras fantasías.

Hay otros aspectos sobre los efectos de la tecnología de la comunicación que es importante destacar. Vivimos en una época en la que la velocidad se ha convertido en la seña de identidad histórica y global, que determina la casi totalidad de las acciones humanas. La sociedad de la impaciencia podría ser el modo de nombrar la característica de nuestro tiempo. Whatsapp, la aplicación de mensajería instantánea más utilizada en todo el mundo, hace ya tiempo que incorporó la opción de que el usuario pueda ocultar la hora a la que se ha conectado por última vez, o si ha leído los mensajes. Cuando la expectativa de respuesta inmediata no se ve cumplida, eso puede ser motivo de ofensa, sentimiento de desamor, y disputa. El texto escrito va progresivamente sustituyendo a la voz. En las aplicaciones de citas los interlocutores suelen conectarse por primera vez mediante mensajes escritos, y así suelen continuar. Se seducen, se aman, se excitan, se pelean, incluso rompen por escrito. La propia lengua inglesa ha producido un desplazamiento semántico. El sustantivo "chat", que significa "charla", ha derivado su uso en el entorno cibernético al intercambio de

mensajes escritos. La voz implica un compromiso mayor, en el que muchas personas, y en especial las jóvenes generaciones, no desean implicarse. La voz pone en juego no solo el significado aparente de un mensaje, sino que también revela algo mucho más esencial: da el tono emocional, modula el contenido de lo que se da a comunicar, al punto de que puede entrar en franca contradicción. La voz nos entrega lo que se dice y el cómo se dice, pero también transmite lo que no se dice. La voz apunta a una verdad del mensaje que está más allá de las palabras, que no se capta en la literalidad del sentido. Es por ello que la tecnología, cuyas ventajas se promocionan invocando el ideal de la proximidad, pueden al mismo tiempo producir el efecto contrario. Esto se percibe incluso en el empleo de sistemas más completos, como la comunicación mediante videoconferencia. Desde luego que no pondremos en discusión que se trata de un prodigio técnico que ha cambiado nuestra vida, y que desde un punto de vista ha acortado la distancia, ha traído a la presencia la imagen y la voz del ausente, ha hecho posible que los negocios, la educación, el amor, el sexo, las relaciones familiares, salven la dimensión del espacio-tiempo. Cuando una de mis hijas vivía en París, la aplicación de Skype nos permitía a su madre y a mí, instalados en Madrid, "cenar" con ella. ¿Quién podría negar la breve pero sustanciosa felicidad que ello nos aportaba? El problema comienza, como lo formulé al comienzo de mi exposición, cuando se

desdibujan las diferencias entre la vida real y la videoconferencia, cuando la realidad empieza a funcionar como un videojuego, cuando los sujetos se deslizan subrepticamente hacia la pérdida de sus facultades para soportar la existencia ordinaria. Realidad virtual, realidad aumentada, realidad holográfica, ponen de manifiesto que el ser humano no ha podido ni podrá jamás soportar su vida sin el auxilio de un artificio -simbólico, imaginario o real- que lo separe de su mísera existencia, empujada hacia la deriva de la incertidumbre.

El presente y el futuro se nos muestran bajo la perspectiva del imperio absoluto de los datos. Los seres humanos y sus vidas, mutados en algoritmos alojados en la nube, se enfrentan al desafío de una alienación nunca antes concebida. Se trata de un proceso histórico cuya fuerza y destino no está dominado por nadie, ni siquiera por aquellos que son responsables de la ciencia aplicada, ya que la evolución de ese discurso escapa al control de quienes sirven a él. El adjetivo "viral", con el que se califica la propagación exponencial de una noticia, expresa muy bien el hecho de que el saber científico y sus consecuencias aplicadas constituyen un organismo proteico, que se proyecta de manera imprevisible.

No es una novedad que los seres humanos se lancen a la búsqueda de otra vida. El deseo, que es esencialmente el deseo de *otra cosa*, no ha esperado a las

nuevas tecnologías para encontrar sus espejismos. Tal vez la diferencia hoy en día sea que el mundo digital es para muchas personas un lugar más habitable que aquel donde no tienen más remedio que pisar. Un sinnúmero de sujetos confiesa que una vida "mixta" es lo máspreciado que posee. Incluso ya no es imprescindible disponer de tiempo para sentarse frente a un ordenador. El teléfono móvil, permanentemente a mano, es el portal que nos franquea "en simultáneo" el acceso a esa otra realidad. No solo nos permite desempeñar una multitarea, sino también una "multivida", y es esto último el punto más sensible de la cuestión. Aunque nos resulte difícil de concebir, lo cierto es que para muchísimas personas esa segunda vida proporcionada por el sistema *Second Life* es la única vida que cuenta: la que transcurre en el ciberespacio.

Hay un verbo que las redes sociales han potenciado hasta el infinito: "compartir". No es momento de debatir hasta qué punto nuestra contemporaneidad refleja un mundo más o menos solidario que el de otras épocas. Me interesa en este contexto señalar que "compartir" significa algo distinto del sentido común. Para muchos sujetos, en especial los adolescentes y los jóvenes, compartir una fotografía, un mensaje, una idea, o simplemente un fragmento mínimo y en apariencia insignificante de su vida cotidiana, es conferirle una existencia. El "momento" no cobra auténtica vida hasta que el Otro no lo ha validado con su mirada, o con un "like". El

reconocimiento del Otro es una forma de cerrar el circuito significativo de las vivencias, los pensamientos, los sentimientos, que no culminan el proceso de significación hasta que el mensaje no recibe la sanción de la lista de contactos. La lista de contactos es el conjunto de piezas de repuesto imprescindibles hoy en día para el mantenimiento de lo que llamamos el "yo ideal", que es el modo en que el yo desea ser visto por los otros.

Existe una ley inexorable que se ha demostrado válida a lo largo de la historia. Siempre se comprueba una discordancia entre el surgimiento de una invención tecnológica que entraña una profunda alteración en la sociedad, y la capacidad que los sujetos tienen para procesar ese cambio. Aunque las personas parezcan adoptar de forma inmediata las novedades técnicas, esa velocidad en el uso se anticipa respecto del tiempo que la subjetividad requiere para su comprensión. Eso implica una dificultad para apreciar correctamente el alcance y los efectos directos y colaterales de los cambios sociales. Es evidente que un gran número de cosas que hoy nos resultan familiares y que nos acompañan de forma natural en nuestra cotidianidad, no lo eran para las generaciones previas. Cincuenta empleados de una plantilla compuesta por ochenta trabajadores de una empresa de Wisconsin se han ofrecido voluntarios para que se les implante un microchip en la mano. De ese modo, podrán fichar

automáticamente su entrada en la fábrica, pagar en la cafetería, y otras acciones más.

“Esto en muy pocos años va a ser normal”, comenta uno de los trabajadores respecto de la ola de críticas que se expandieron por los medios cuando se conoció la noticia.

Evidentemente, antes de que se inventaran los aviones la fobia a volar no existía.

A nadie se le ocurriría hoy alertar contra los peligros de la aviación porque hay un gran número de personas que son incapaces de subirse a un avión, o lo hacen soportando niveles muy altos de angustia. Es innegable que las mutaciones que la ciencia aplicada introduce en nuestras vidas trae consecuencias, muchas de ellas negativas, por cuanto se manifiestan en forma de síntomas nuevos. El aumento exponencial de los trastornos de aprendizaje, que se traduce en el uso abusivo del denominado Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (T.D.A.H.), no solo debe abordarse como la invención de un síntoma que beneficia los intereses de la industria farmacéutica. Toda la información, la transmisión de mensajes, y la tecnología de la comunicación en su conjunto, regida por el valor supremo de la velocidad, ha hecho de lo instantáneo el modelo de la relación del sujeto moderno con el tiempo. Cada vez resulta más difícil lograr que la atención se detenga más allá de un breve lapso, en especial si el mensaje no se acompaña de un elemento visual, como lo demuestra el empleo cotidiano del *Power Point*. Cada vez resulta más difícil lograr que

los niños y los jóvenes puedan comprender, elaborar y reflexionar sobre un texto, puesto que lo habitual es la incesante lluvia de centenares de estímulos breves, simplificados, fugaces, que son absorbidos de manera casi inconsciente.

Si el síndrome de fatiga crónica es la expresión moderna del cansancio de vivir, el déficit de atención es el signo de la expansión ilimitada de la hipertextualidad, del sujeto que se desliza sin rumbo ni propósito, cautivo en el frenesí de la multitarea: poder hablar por teléfono, ver un video, escribir un texto y responder a un mensaje, todo ello de manera simultánea. Es indudable que esta forma de alienación no puede entenderse sino se admite que la relación con los dispositivos técnicos y sus aplicaciones no es algo que solo transcurre en el plano cognitivo. Un misterioso goce se deduce del carácter adictivo que para muchos sujetos tiene lo que se denomina "multitasking", o multitarea. Estas conquistas, celebradas como logros que impulsan el rendimiento de las capacidades humanas, tal vez entrañen consecuencias que se verifican como síntomas. Los síntomas son algo así como lo que se desprende de la idea falaz de que el progreso en un camino lineal. La aventura humana es un fabuloso compendio de gestas y tragedias. La labor de un psicoanalista es muy modesta, puesto que la incidencia de su voz es apenas audible en el ruido ensordecedor de la historia. No obstante, estamos ahí, atentos a lo que cae, lo que se desecha, lo que flaquea, lo



que tropieza, tiembla, se escabulle, o incomoda el discurso triunfal de la razón ilustrada.

La técnica -y me ciño ahora al título de mi charla- nos ha situado en un estado que la autora norteamericana Sherry Turkle sintetiza muy bien en el nombre de uno de sus libros más importantes: *Alone together*. "Solos juntos", sería su traducción al castellano. La hiperconectividad, que ha inaugurado innumerables comunidades a lo largo y ancho del planeta, reunidas en torno a toda clase de signos identitarios, y ha permitido que sujetos aislados de cualquier vínculo encuentren un alojamiento en la magia de las redes sociales, es -paradójicamente- lo que también nos separa, crea una barrera invisible, un filtro difícil de atravesar. La presencia real va convirtiéndose en algo extraño, invasivo. Mandamos un mensaje de texto a alguien que está en la habitación de al lado, y muchas parejas encuentran normal comunicarse por Whatsapp estando uno junto al otro. La palabra es mucho más que significado. Los emoticonos, que se han inventado para dotar a lo escrito de esa cualidad insustituible de la palabra viva, no pueden suplir la progresiva evanescencia del sujeto hablante en el universo digital. Se trata de una impactante transmutación. Por una parte, la presencia se vuelve innecesaria. Y al mismo tiempo, el cuerpo va siendo colonizado por los mecanismos técnicos. El futuro inmediato es la progresiva "internalización" de los dispositivos, esto

es, su desaparición en el mundo periférico y su ingreso en el interior del organismo vivo.

La cultura de internet, el universo en el que pronto dejará de distinguirse entre lo virtual y lo real, ha llegado para cambiar definitivamente el curso de la historia de la humanidad. Para muchos, es la oportunidad de encontrar una salida de emergencia por la que escapar de sí mismos. Para otros, es el lugar donde construir una red social que en ocasiones puede sustituir a la familia de la que se carece, o mejorar la que se tiene. Hay quienes usan la interconectividad como refugio del hastío de la vida, y otros para crear proyectos que mejoran la vida de miles de personas. Del mismo modo que un simple palo pudo servir para alcanzar frutos de un árbol, cavar un surco, cazar un animal o romper el cráneo de un semejante, la técnica es y seguirá formando parte de la condición humana, sirviendo a fines diferentes, algunos a favor del deseo de vida, otros en beneficio de intereses letales. Al igual que en cualquier otra esfera de lo humano, siempre tropezaremos con el síntoma, con lo que no funciona. Y será precisamente allí, en eso que no anda según lo que los algoritmos han previsto, donde lo más propiamente humano seguirá resistiendo. Si alguna visión positiva podemos aportar los psicoanalistas respecto del futuro, es que siempre habrá algo que no funcione, aunque esto pueda sonar extraño. Mientras eso continúe sucediendo,

mientras algo de nosotros se niegue a la automatización y a la completa absorción de la existencia en la economía del cálculo y la programación, podremos confiar en que permaneceremos vivos.

GUSTAVO DESSAL

Conferencia en la Fundación OSDE. Septiembre del 2017